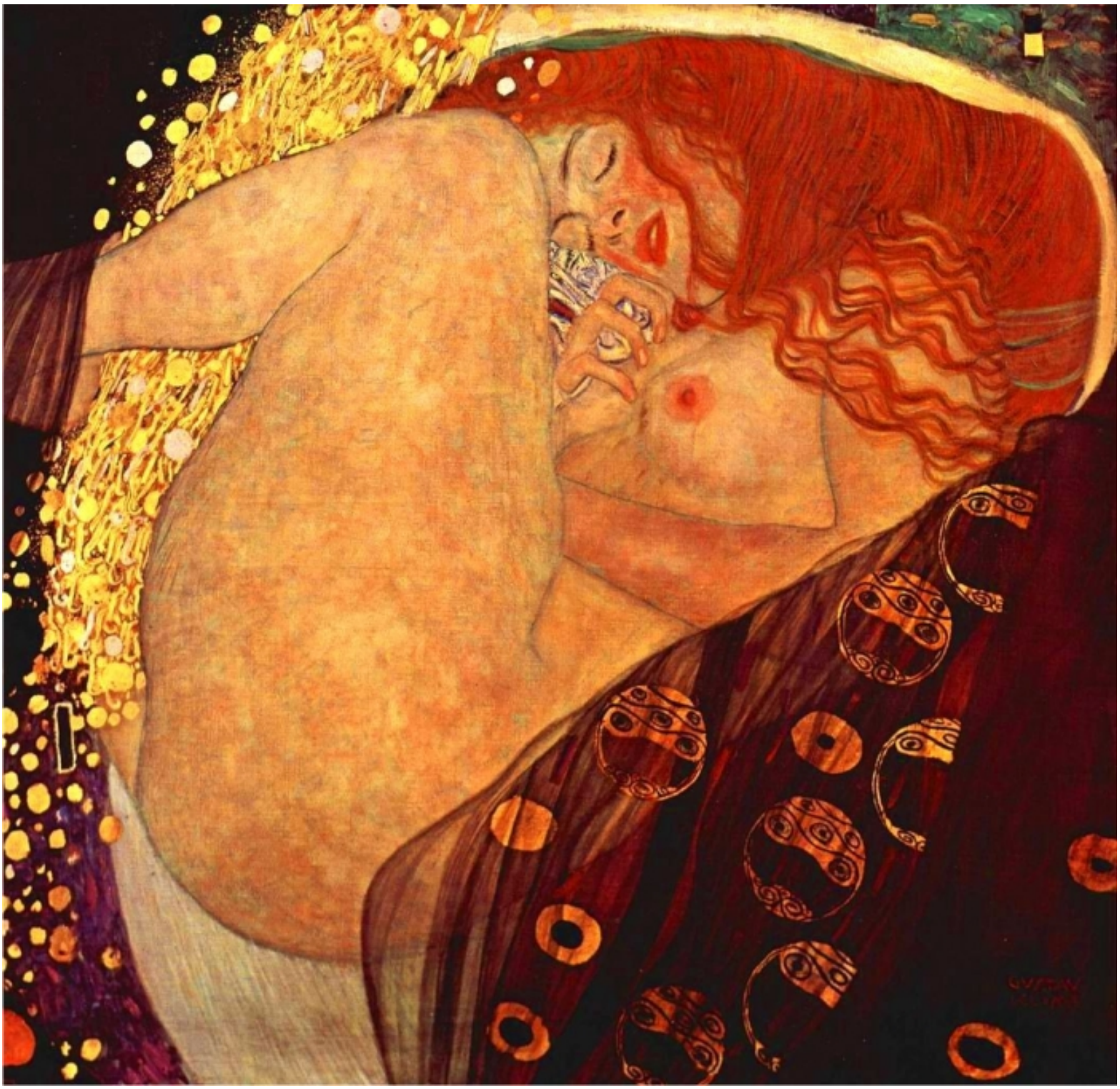
Ero-Lo-lá

Mario Tirado Pascual



Capítulo 1

Ero-lo-lá

Angelina estaba en el último año del bachillerato. A veces me la encontraba en el pesero. No le había hablado nunca, pero en algunas ocasiones se nos habían cruzado las miradas sin consecuencia graves. Recuerdo que un día hasta le pedí que le pasara el importe de mi viaje al conductor. Tenía una nariz larga con el tabique saliente, su quijada era ancha y destacaba su mentón. El pelo lacio le ocultaba un poco la frente y sus ojos eran muy pequeños. Con todos esos atractivos no podía llamar la atención de los hombres, pero su cuerpo sí que lo lograba. Sus piernas eran largas y su cintura muy estrecha, tenía un trasero espléndido y su cadencioso paso te arrebataba la mirada. Cuando la contemplaba me dolía el vientre. En algunas ocasiones me ponía en cuclillas y esperaba a que la sofocación se me quitara.

Un día hablé con Berenice. Pensé que tal vez a través de ella podría acercármele a Angelina, ya que las había visto conversando en varias ocasiones. Resultó muy fácil reunirme con ellas, pero no sospechaba que ese encuentro me llevaría a vivir una de las más inolvidables experiencias de mi vida. Tuvimos una conversación muy simple, intercambiamos algunas opiniones de los profesores y de algunos alumnos que destacaban por alguna particularidad. Nos reímos un buen rato, pero fue gracias a Bere, que tenía un sentido muy agudo del humor. Cuando me quedé a solas con Angelina se acabó el encanto y si no hubiera sido por un comentario sobre mis problemas con la asignatura de sociología, jamás habría podido acercármele de nuevo. Ella me ofreció sus apuntes. Dijo que era la única cosa que la había inspirado en el segundo año y que tenía todos sus notas muy bien ordenadas. Se los pedí para la próxima vez que nos viéramos, pero me invitó a acompañarla hasta su casa para cogerlos, acepté.

Nos encontramos a las tres de la tarde en la entrada del instituto. Llegó pronto y nos fuimos a tomar el pesero. Subimos y nos sentamos juntos, pero intercambiamos muy pocas palabras. No sé por qué me intimidaba romper el silencio dentro del salón. La gente iba inmersa en sus razonamientos y hablar habría sido la excusa para que se centrara la atención en mis palabras. Además, Angelina no colaboraba mucho con su actitud fría. En los intentos que había hecho de hilar una conversación, ella contestaba con frases cortas que impedían una continuación. No se limitaba a decir no me gusta, sino que dejaba clarísimo el porqué. Llegamos a su parada. Vivía en una zona residencial. Su casa era de dos plantas. Dijo que se la estaban rentando a una de sus tías. La colonia era pobre y los barrios cercanos eran famosos por su alto grado de delincuencia. Angelina solo dijo que era segura y que había vigilancia las veinticuatro horas. Lo constaté pronto. Pasaron dos patrullas y se

detuvieron para mirarla de cerca. Sucedió lo que seguramente ella ya no notaba en absoluto. Los hombres le miraban el culo y al verle la cara se retiraban con un sabor amargo de decepción. Pensé que tal vez uno de sus familiares del pasado le había estropeado la existencia tratando de permanecer latente en la familia Guadarrama.

Caminamos por una calle, cruzamos un pequeño jardín y nos encaminamos a unas casas endosadas. Subimos por las escaleras a la segunda planta del número diecinueve. Angelina sacó unas llaves, me pidió que la esperara un momento. Permanecí unos minutos mirando hacia la calle. Había poca gente. Una señora con unas bolsas, unos jóvenes y un hombre de traje. Se abrió la puerta y Angelina me dio los cuadernos y me dijo que se los cuidara mucho. Cerró y me quedé allí sin saber qué hacer. Tardé en reaccionar porque dentro de mí había una contradicción enorme. El deseo que me había desvelado tantas noches con fantasías sexuales, ahora se convertía en una gran frustración. La excitación natural que sentía por el cuerpo de Angelina seguía en un lugar cercano, pero una cúpula transparente de burla me impedía seducirla. Había recibido un cubetazo de agua fría y me había mutilado la pasión. Me sentía fatal al comprender que la barrera que se había interpuesto entre ella y yo era insalvable.

Me sentí fatal la primera semana. No asistí a clases, no le cogí el teléfono a Berenice, no hice absolutamente nada. Era como un zombi. Cuando más o menos me empecé a recuperar, pensé que tal vez hacer de tripas corazón sería lo mejor. Soportaría la presencia de Angelina y buscaría, tal vez, refugio en los brazos de Berenice. Surgió entonces la pregunta difícil de siempre. Si nunca había sido atractivo, cómo iba a lograr que Berenice me aceptara, sobre todo cuando su intuición le diría que la quería usar para sacarme el oxidado clavo que me había dejado su amiga. Estaba desorientado. Dejé de estudiar, de hacer deporte, de comunicarme con Hugo, mi mejor amigo. Estaba como una rata con las patas atrapadas en una ratonera. Me sentía fatal. Traté de refugiarme en algunas lecturas, pero era peor porque divagaba y mis pensamientos iban a parar a la casa número diecinueve. Era como un juego de serpientes y escaleras en un día de mala racha en el que caes todo el tiempo en la misma casilla que te impide avanzar. En mi casa nadie me ponía atención y me evitaban por mi mal humor. Tres noches me puse borrachísimo y, cuando ya estaba desquiciado de todo, me impuse un ultimátum. Regresé a mis actividades habituales, sin mucho ánimo. Asistí a clases, hablé un poco con Berenice, solo para convencerme de que jamás le haría declaraciones de amor. Evité por todos los medios encontrarme con Angelina.

Tres semanas después de mi gran fiasco pensé que lo mejor sería ir a entregarle los apuntes. Cogí mi mochila y me puse en marcha. Llegué por la tarde y toqué el timbre. Sonó una campana como las que usan en los cuadriláteros para anunciar los asaltos. Esperé bastante hasta que una voz me pidió que esperara. No era la de Angelina, sino la de su madre.

Era una señora de unos treinta y ocho años. No se parecía a su hija. Tenía la frente amplia, los ojos muy redondos y castaños. Era de mi estatura, más o menos, llevaba un vestido casero de algodón con estampados. El sudor perlaba sus brazos, estaba haciendo algunas labores domésticas. ¿Qué desea? —me preguntó. Le dije que quería ver a Angelina para entregarle sus apuntes. Me invitó a pasar y me advirtió que no sabía cuándo volvería su hija. Me senté en un sillón viejo y sorbí con calma el refresco que me sirvió la señora Dolores. Ella caminaba haciendo ruido con sus zapatos de suela de corcho. Al principio no le puse mucha atención, pero cuando salió del baño con una montaña de ropa y se inclinó para ponerlos en una tina de plástico, vi sus muslos. Pronto adiviné que le había heredado las caderas a su hija. Disimulé un poco, pero pronto ya no pude despegar mi mirada de sus piernas. Los malos pensamientos comenzaron a invadirme. Me puse de pie y decidí marcharme. No pude decir nada porque la señora se acercó con unas sábanas y una plancha. Tengo que planchar esto todavía, joven. Por cierto, ¿cómo se llama? Le dije que mi nombre era Mauricio, pero todos me decía Mau. Entonces pasó a tutearme y me dijo que seguramente Angelina estaba con su novio y volvería mucho más tarde. La noticia no me causó sorpresa porque ya lo había sospechado y, además, cuando me lo dijo estaba pensando más en el afortunado padre de Angelina que podría darse gusto con la prominente señora Lola cada noche.

No, Mau, no tengo esposo—me dijo como si estuviera hablando con alguien de confianza—. Ese cabrón me abandonó hace mucho y ahora me gano la vida como puedo. Traté de encontrar algunas palabras de aliento para que no se lamentara de su suerte, pero ella me dijo que tenía calor y que la esperar un poco. Ya no pude marcharme y para matar los minutos que ella tardaría en ducharse me puse a fisgonear en la casa. Vi el dormitorio de Angelina que estaba un poco desordenado. Había ropa tirada por todos lados y lo único presentable era su mesa de trabajo. Las cortinas eran verdes y la ventana dejaba entrar bastante luz. La cama no estaba hecha. Cuando salí hacia el comedor vi otra habitación. Estaba más limpia y ordenada, despedía un olor a agua de rosas y la decoración me pareció un poco extraña. De alguna forma los colores, el olor y el decorado se relacionaban con una casa de citas. Vi una cama amplia y un gran espejo. Las cortinas estaban cerradas y, a pesar de la luz del atardecer que pegaba en pleno, el cuarto parecía oscuro. Estaba atando cabos cuando sentí que se acercaba Lola. Veo que ya estás curioseando como los gatos cuando conocen un nuevo lugar. Volteé un poco asustado, pero ella me indicó que entrara. Siéntate, dijo con voz suave. El único sitio para hacerlo era la cama, así que me senté en el filo del colchón. Ella se quitó la bata y quedó completamente desnuda. Llevaba el pelo recogido y vi su espalda recta de piel canela. Se puso frente al espejo y comenzó a mirarse comentando su situación. Dijo que estaban atravesando por un período difícil, que no tenían mucho dinero, que iban al día y que si podían pagar el alquiler de la casa era porque se la había dejado su cuñada, por compasión, a bajo precio. No sabía qué hacer porque mi situación era

ridícula y, al mismo tiempo, asombrosa. Tienes dinero, me preguntó. No llevaba casi nada. Mi pasaje de vuelta a la casa y un billete de cien pesos que guardaba siempre para los imprevistos. Mi tacañería me había permitido conservarlo. Lo saqué de mi bolsillo y se lo di. Mira, muchacho, mi cuota es mucho más alta, pero por ser la primera vez te lo voy a pasar. No sé cómo sucedió, pero de pronto me encontré desabrochándome los botones de la camisa, me despojé de los pantalones y sentí un abrazo tibio de carnes magras. Era muy agradable. Un olor de flores y almizcle me nubló la vista. Descubrí un regazo confortable en el que me refugié como un niño. Sentí la fuerza de un cuerpo experimentado. Penetré en senderos dulces y me aferré a sus caderas. Para mi el encuentro fue inolvidable, pero Lola dijo que mi inexperiencia me había dejado en una situación cómica. Si vas a hacerlo así todas las veces, te vas a quedar pobre conmigo, Mau. No dijo más. Se vistió, cambió el aspecto de su rostro y me dijo que podía visitarla cuando quisiera.

Volví a mi casa tratando de controlar el mar de fuego que llevaba por dentro. Tenía dura la entrepierna y me costaba andar. Me imaginé el segundo encuentro que tendría con la señora Dolores. Me había sentido tan bien con ella que, si la imaginaba de nuevo, se me escurría la baba por el apetito que se me despertaba. Era un estimulante tan fuerte que me idiotizaba. Soñé con ella varias noches y comencé a visitarla con frecuencia. Tenía poco dinero y me inventaba trabajos, mentiras y cuentos para poder reunir unos billetes y gozar de un momento de euforia. Por lo regular la iba a ver antes del mediodía. Decía que era el mejor horario porque después llegaban sus clientes y le era imposible predecir su aparición. Pueden llegar en cualquier momento y es mejor que no te vean. Acepté porque me sentía un gran conquistador y había cambiado mis falsos conceptos del sexo. Siempre había pensado que una mujer de más de treinta años ya era inservible para el placer, pero estaba completamente equivocado, además comprendí que la energía desbordable de las jóvenes, que lograban superar sus complejos y la moral, era tan intensa que solo un hombre experto les podría proporcionar placer.

Un lunes por la mañana llegué a casa de Lola. Estaba en bata y llevaba debajo un liguero y medias de color más oscuro que su piel. Olía muy bien y estaba de buen humor. Hizo algunos chistes y cuando salí de la ducha me pidió que la abrazara por detrás mientras ella se miraba en el espejo. Me pidió que fuera acariciando con cuidado las partes que me indicaba. Me sentía muy bien sintiendo su cuerpo ardiente. Le pasé la lengua por el cuello como me lo pidió, después nos tumbamos en la cama y me siguió dando instrucciones. Hice todo lo que me pidió y descubrí algo que era elemental, pero no lo había pensado. Se lo propuse y aceptó con una sonrisa que expresaba su compasión. Era como una buena guía que se regocijaba cuando uno de sus seguidores comprendía algo. Tienes que aprender a controlar tus deseos con la respiración, decía, la mente juega

un factor importante, pero el cuerpo es el instrumento, por eso debes dominarlo. Me fue enseñando sus secretos, todo sacado de su intuición, pero a mi me parecía que ella era como una enciclopedia de novela erótica. Un día se lo dije: “Lola, eres como un narrador de novelas de La sonrisa vertical”. Se sorprendió por la ingeniosa idea. Nunca lo había pensado, dijo acariciándose el cuerpo, entonces la mujer tiene dos bocas, ¿verdad? Nos dio mucha risa. Entonces se nos hizo la costumbre de los apasionados besos. Estuve seis meses frecuentando su casa y solo en una ocasión me encontré con Angelina. Por fortuna, nos cruzamos cerca de una tienda y le comenté que tenía un amigo en su barrio, que lo había visitado porque hacía tiempo que no lo veía. Creo que los encuentros con Lola me hicieron madurar, lo malo es que no todo fue viento en popa porque el éxito en la cama me costó un semestre, varios exámenes extraordinarios y estuve a punto de ser expulsado por todas las asignaturas pendientes que tenía. Me puse a estudiar de verdad, aunque las notas fueron las mínimas, pero me pude salvar de milagro. Terminé el bachillerato y decidí entrar a la facultad de arquitectura. Me dieron ganas de festejarlo con Lola. Tenía mucho tiempo que su imagen me despertaba por las noches. Compré un buen vino espumoso, una joya y unos chocolates y fui a verla. Bajé del taxi muy excitado. Tenía unas ganas enormes de derramarme dentro del fértil cuerpo de Lola. Subí las escaleras con rapidez, tomé aire y pulsé el timbre. Se oyeron unos pasos y se abrió la puerta. ¿Qué desea? —me preguntó una mujer delgada. Quiero ver a la señora Dolores. Lo siento mucho, joven, esa familia ya no vive aquí, hace unos meses que se fueron. No supe qué decir. Alcancé a preguntarle a la mujer si sabía a dónde se habían mudado, pero la respuesta fue un “lo siento”. Volví a mi casa muy desanimado. Días después investigué el paradero de Angelina y supe que su madre se había ido a vivir a su ciudad natal. Se había casado de nuevo con un hombre que tenía unas ferreterías y era feliz.